

Para matar a los mongoles

Jorge Meneses

Es de noche. Mi madre aún no llega.

Me gusta cuando ella no está en casa porque puedo leer los libros de fantasmas que escondo debajo de mi cama. No le gusta que lea historias de aparecidos porque dice que alteran mi mente.

Mi hermano está llorando otra vez. Siempre lo hace cuando nuestra madre no está.

—Mi mamá no va a volver —dice.

—Cálmate —respondo—. Ya no tarda. Seguramente se quedó platicando con sus amigas.

—No, fue mi papá —asegura—. La encontró y la mató.

Mi hermano piensa que ese monstruo se escapó de la cárcel para matar a nuestra madre y hacernos maldades. A él le gustaba golpearnos hasta el cansancio; nos quitaba la ropa, amarraba nuestros cuellos, nos colgaba en los ganchos que puso en el baño y nos pegaba como si fuéramos sacos de box.

—No, a mi papá se lo llevaron los policías, ¿ya no te acuerdas?

—¡Quiero a mi mamá! —grita mi hermano. Tiene mocos en los cachetes—. Quiero que me abrace —dice, se acerca a la ventana y estrella su frente contra el vidrio.

Mi madre abraza mucho a mi hermano. A mí sólo me da un golpecito en la espalda cuando cumplo años. Tía Claudia dice que ella no me quiere porque me parezco mucho a papá y eso le trae malos recuerdos. No me importa. El amor es para los débiles.

—Ya, icálmate! —ordenó—. Ven, te voy a leer un cuento.

—¡No! —grita—. Tus cuentos son muy feos. Siempre me cuentas cosas de aparecidos, de diablos y niños sin cabeza.

Siento que algo me posee. Me mareo.

—¡Que vengas! Soy tu hermano mayor y harás lo que yo diga. ¿Entendiste? —grito a mi hermano y le doy una cachetada. Él me mira sorprendido. Me dan ganas de pegarle hasta que se le abra la piel y se desmaye por el dolor. Corro al cuarto de mi madre, tomo el cinturón más pesado, vuelvo y lo golpeo. Él se hace bolita y dice que ya no le pegue, que ya se portará bien conmigo.

—¡Para que llores con provecho! —grito.

Me canso. Dejo de pegarle. Me siento en el sillón y lo miro. Está tirado en el piso; casi no se mueve. Se queja, dice que le duele, pero yo no sé en dónde, si me lo dijera le pegaría con más fuerza en esa parte.

—¿Qué te duele, chillón? —pregunto—. ¿Sabes qué me gustaría? Que papá vuelva y te encierre en el cuarto oscuro para que la bruja te asuste.

—¿Por qué no me quieres, hermanito?

Intentan abrir la puerta. Seguro es nuestra madre. Le digo a mi hermano que se calme, que no llore, le suplico que no me acuse.

—Si no le dices nada, te doy mis domingos y mi rebanada de pay de limón que está en el refrigerador —digo, y, como por arte de magia, mi hermano se calma, rápidamente va al baño, se moja la cara, corre a nuestro cuarto, se echa la cobija encima y finge que duerme.

Me quedo en la sala como decía mi papá: *firme, soldado*.

Nadie entra. Despacio me acerco a la ventana. Me asomo cuidando que la cortina no se mueva mucho. No hay nadie.

—No hay nadie —le grito a mi hermano, pero no obtengo respuesta.

Voy al cuarto, pero él no está. Es una trampa. Caí como un tonto.

Una vez, para vengarse de una travesura chiquita que le hice, mi hermano quiso clavarme su desarmador. Con la herramienta en lo alto, me persiguió por toda la casa. Gritaba como apache.

Vuelvo a la sala sin hacer ruido. Encuentro el cinturón con que golpeé a mi hermano, lo enredo en mi mano y me escondo detrás del sillón grande. Así le hizo papá una vez: se envolvió la mano con su cinturón de piel de serpiente amarilla, se escondió detrás del sillón y esperó a mi madre para darle un golpe sorpresivo en la cabeza. Ella se desmayó.

Leí en un libro que los mongoles ganaron muchas batallas por sus tácticas de guerra. Cuando invadían una ciudad, mandaban la caballería ligera al frente y el defensor, confiado, lanzaba sus tropas más pesadas para eliminar al invasor; la caballería mongola se replegaba y huía; el otro los perseguía y los mongoles restantes,

escondidos, aparecían para destrozar al contrario. Eso haré con mi hermano. Que se confíe, que tome su desarmador que esconde debajo de la almohada y venga a buscarme. Le tengo una sorpresa al apache. Los mongoles somos muy listos.

En silencio, mi hermano me busca; parece un *ninja*. Busca debajo de la mesa, en la cocina, en el baño, pero no me encuentra. Se rinde. Se queda parado en medio de la sala. Suelta su desarmador y corre hacia la ventana, se asoma y ahí se queda un rato, luego va a la puerta, intenta abrirla, pero está cerrada. Eso es raro. Nuestra madre nunca nos encierra

—¿Dónde estás, hermanito?! —grita, se pone de rodillas y llora. Pobrecito.

Salgo de mi escondite para abrazarlo, pero es tarde: mi hermano me mira y sonríe. Tiene una Stillson en la mano, que llevaba escondida en la espalda. Cobarde. Esquiva mis brazos y me acomoda un buen golpe en la espalda. Nunca nos pegamos en la cara porque si nuestra madre ve un moretón, ella nos hace diez. Caigo. Se me fue el aire. Diosito, no me quiero morir. Me ahogo y mi hermano salta alrededor de mí como si yo fuera fuego y él un brujo que adora al diablo. Ríe, salta y, con un idioma que yo nunca había escuchado, canta algo que me asusta. El aire no llega. Diosito, ayúdame, no quiero morir, aún no he dado un beso de verdadero amor.

Lentamente, el aire vuelve a mis pulmones, pero no me levanto. Me quedo en el piso y cierro los ojos. Me hago el muerto. Una táctica de guerra que no he hecho antes. Este apache debe saber que se necesita más que un golpe en la espalda para matar a los mongoles.

Mi hermano se da cuenta que estoy muerto. Huye de la escena del crimen, se encierra en nuestro cuarto y a mí me toca actuar bien mi personaje. Me quedo ahí, tirado, sin moverme.

Después de un rato mi hermano sale de su cueva y muy despacio, como una caricatura muda, camina hasta donde estoy. Se detiene, me estudia. El apache tiene un martillo en la mano. Debo actuar muy bien o de veras me dolerá mucho el contrataque.

—Hermanito, ¿estás bien? —me dice, y me da una patadita para comprobar si estoy vivo.

No me muevo—. Hermanito, ya párate —insiste y esta vez con la mano comprueba si estoy respirando. Arroja el martillo. La herramienta está fuera de su alcance, pero debo esperar. Por confiarme, la otra vez me dio en la espalda y casi muero—. ¡Jorge! —grita y me sacude—, si no te paras me voy a matar —alcanza el cinturón que dejé en el piso y lo enreda en su cuello, como hizo papá cuando mi madre dijo que se iría de la casa. La táctica de papá funcionó. Ella se quedó. Esa noche mis padres se abrazaron y besaron mucho. Mi hermano ha intentado ahorcarse un par de veces, pero eso no funciona conmigo. Soy un mongol y nosotros tenemos corazones chiquitos. Además, soy un niño fuerte. Todos los días mi padre me pegaba mucho

para hacerme de acero. A mi hermano no le pegó lo suficiente, por eso es débil y cree que lo del cinturón en el cuello me hará despertar—. Hermanito —vuelve a decir—. Ya párate. Mi mamá ya va a llegar y me va a pegar si te ve aquí muerto —mi hermano es inteligente, se da cuenta de que el martillo está cerca de la escena y yo estoy muerto; lo recoge y lleva a la caja de herramientas. Tira el martillo y otra herramienta que llevaba escondida en la pantorrilla. Lo sabía: era otra trampa. Mi hermano va a la cocina, vuelve con un pedazo de carne helada, me alza la playera y lo pone en mi espalda. Yo aguanto el frío con valentía. Esto no es nada. En las madrugadas, cuando me orino en la cama por una pesadilla mi madre me baña con agua helada—. Hermanito —insiste—, ya levántate.

—Tu mamá no vendrá —digo con una voz ronca, como la de Batman—. Yo no soy tu hermano, pendejo —en la casa no podemos decir groserías porque si nuestra madre nos escucha diciendo palabras altisonantes nos da un puñetazo en la boca, pero debo actuar bien mi papel. He leído en mis libros de fantasmas que la gente poseída dice muchas groserías.

Mi hermano se echa para atrás. Logré asustarlo. No me muevo. Hago mi risa diabólica. Eso me sale muy bien. Es mi superpoder. En la escuela asusto a los niños que están cagando. Si veo que alguien entra al baño, lo sigo, me meto al cubículo de al lado y hago mi risa diabólica. Una vez asusté tanto a Ramiro que él salió corriendo sin subirse los pantalones. Desde ese día le decimos el Caquitas porque olía muy feo. Me divertí mucho.

—Tu mamá no vendrá, mocosito pendejo —repito—. Te vas a quedar aquí conmigo para siempre. Te voy a matar y llevaré tu alma al infierno. No puedes escapar —mi hermano llora y dice que no; yo hago mi risa diabólica porque quiero que lllore hasta que se quede seco como las ranas muertas que tiene nuestra madre en su habitación; quiero ahorcarlo para que se calle y estrellar su cabeza en el piso hasta que se le rompa.

Muevo lentamente mi pie. Mi hermano deja de llorar. Sin ver su rostro, sé que lo he impresionado. Muevo el otro pie. Sacudo mi cuerpo. Mi hermano reza, pero no se acuerda bien del padrenuestro. Dice: *Venga tu reino y haz tu misericordia*. Su respiración se acelera.

—*Vénganos tu reino y hágase tu voluntad...* —corrijo con mi voz falsa mientras me pongo de pie.

Parado, me retuerzo como una marioneta y mi hermano grita. Despacio me pongo de puntitas, me elevo, mi hermano dice *ay, diosito, diosito, ayúdame* y se echa un pedo. Me gana la risa y entonces él se da cuenta que era una táctica de guerra. Corre a la cocina y toma un cuchillo.

—¡Te voy a matar! —grita.

Corro hacia la puerta, intento abrir, pero está cerrada.

—Estamos encerrados —le digo.

—¡Tú nos encerraste! —grita.

—Yo no tengo llaves de la casa. Fue mamá.

—Ella nunca nos encierra. Abre o te mato —amenaza y me pone el cuchillo en la garganta.

Nos quedamos quietos. *Firmes, soldados.*

Muchas patrullas se acercan a la casa. El sonido es más aterrador que el grito de la Llorona. Mi hermano y yo nos miramos sin decir nada. Reacciono. Apago la luz. Mi hermano se acerca a mí, me abraza muy fuerte, nos hacemos bolita, juntos rezamos el padrenuestro, cierro los ojos y pienso: Esto no es verdad, no es cierto, diosito, esto es una pesadilla. En los pies siento el pipí caliente de mi hermano.

—Piensa en algo bonito —le digo—. ¿Te acuerdas cuando tía Claudia nos llevó a la montaña?

—Es mi papá —susurra—. Se escapó de la cárcel y viene para acá. De seguro ya mató a mi mamá, ¿verdad, hermanito?

—No, hermanito. No es él —le digo y agarro su cachete como si fuera un rosario—. Él está en la cárcel.

Su respiración se acelera. Cuando se asusta mucho se le va el aire. Froto su espalda y le digo que se calme. Las patrullas se acercan más y mi hermano tiembla. Le canto como nuestra madre hacía cuando él era bebé, pero mi voz se rompe porque tengo ganas de llorar. Diosito, en dónde estás. La oscuridad huele feo. Me mareo.

Pasa un rato hasta que mi hermano me sacude y dice:

—Hermanito, ya se fueron las patrullas. Escucha —presto atención. No sé cuánto tiempo ha pasado.

Sin prender la luz me acerco a la ventana y con cuidado me asomo para no mover demasiado la cortina. No hay nada.

—¿Ya ves? No pasa nada —susurro. Me acerco a mi hermano. Él sigue echo bolita. Me abraza y llora, pero sin hacer mucho ruido—. Ya no llores, hermanito —le digo.

—Te quiero mucho, hermanito. Perdóname —dice y busca mi oreja. Siempre que mi hermano me abraza cariñosamente me agarra la oreja. Mi hermano es el único de la familia que me abraza.

— Ya, tranquilo. Mamá ya va a llegar. No tarda.

Algo en la oscuridad se retuerce, truena como si se rompiera: un hueso... o una marioneta.

— No, mocosos pendejos. Su madre no vendrá. Se quedarán aquí conmigo para siempre —dice alguien con una voz gruesa, como la de Batman, y luego se ríe diabólicamente.



Sin título (2014). *Farmacollage*: Leonardo Montelongo
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

JORGE MENESES. Ciudad de México, 1991. Textos suyos han sido publicados en *Nocturnario*, *La Rabia del Axolotl* e *Hysteria!*, entre otros medios digitales, y en las antologías *Hacerle al cuento* (Amarillo Editores, 2015) y *Después del viento. Trece homenajes a Jesús Gardea* (Editorial Aldea Global/Encuentro de Escritores Jóvenes, 2015). Autor del poemario *Casa derribada* (Ofi Press, 2018). Ganador de una mención honorífica en el I Concurso Internacional de Cuento Las Dalias (2017).

Recibido: 11 de mayo de 2020
Aprobado: 16 de diciembre de 2021